

MISTER Q

Mauro Insaurralde Micelli



Capítulo 1

1

LA ERA DE LAS MARAVILLAS

I

El hombre apenas movió la muñeca de manera elíptica, lo suficiente como para que los dos cubitos de hielo dentro del vaso de vidrio transparente se tocaran entre sí, se agitaran contra el cristal y se transfiguraran en campanillas tras dejar esa inconfundible huella acústica. Pero debía tratarse de un eco, de una reminiscencia de otras noches, de otros tragos. Porque por sobre toda la escena dominaba la desgarradora voz de Bonnie Tyler, sufriendo un eclipse total del corazón. Estúpida canción, pensó ese hombre, caminando hacia el balcón, apoyando los codos sobre el barandal, dándole un par de besos al whisky y clavando su mirada perdida a la luna llena de frialdad que lo observaba sin detenerse en su presencia.

Se había ido, ella se había ido, dejándolo con una frialdad más distante aún que la de la luna: un mensaje en la contestadora; su voz... tan suya y a la vez tan ajena, un monólogo sobre por qué ya no podía soportarlo más, sobre cómo le era imposible seguir adelante con un "hombre como él" (paladeó el whisky mientras se preguntaba si estaba bien que un "hombre como él" sintiera la presión de un puño fantasma oprimiéndole el pecho). En definitiva, todo había sido su culpa, lo cual transformaba a ese mensaje de despedida en un soliloquio. Ella le estaba hablando a un muerto, a un objeto incapaz de responderle. Y ese muerto no era otro que su amor, sólo que él no había podido verlo, porque se había cerrado sobre la visión de algo embalsamado; se había pasado por alto todos los detalles, los pequeños y los grandes, sus ausencias, sus silencios, su constante nerviosismo, pero ahora los veía, y el vaso daba paso a la botella y Bonnie Tyler realmente necesitaba a alguien esa noche, veía las costuras sueltas que había dejado el taxidermista. ¿Y de qué le servía ese conocimiento ahora? Ella ya se había ido, y suplicarle no la haría regresar. Es decir, no tenía derecho a reclamarle nada. Ella tenía razón, la vida con alguien como él era imposible, no había estabilidad, era como ir viajando a alta velocidad en un coche sin frenos por un sendero sinuoso; la amenaza de vuelque estaba siempre presente. Todos tenían razón, y tal vez ahora fuese él quien se estaba cayendo a pedazos como Bonnie Tyler...

Había que vaciar esa botella, pero se estaba volviendo complicado. Se suponía que esto mitigaría el dolor, que enterraría la historia en las profundidades del recuerdo. Pero el whisky debía estar vencido. No sólo el

dolor no disminuía, sino que, al parecer, la bebida sacaba a flote a viejos cadáveres hundidos.

Y el rostro demacrado de su padre, siempre severo, siempre reprobatorio, parecía dibujarse en el cielo oscuro. Escuchó las palabras olvidadas, volvió a sentirse un inútil, un fracasado, una aberración. Su padre había muerto hacía unas cuantas lunas, sin embargo, los traumas que le había provocado parecían empeñados en sobrevivirle en los momentos de mayor angustia y frustración.

Claro, su progenitor nunca había estado orgulloso de él, ni siquiera cuando sus poderes de *übermensch* se manifestaron. Al contrario, esto se había vuelto un motivo más de vergüenza, otra mancha en el apellido Holstein. Mierda, su padre no había estado orgulloso cuando él se había unido por fin al FBI, ¿por qué habría de estarlo después de que ese extraño accidente en un laboratorio le había dado a su hijo la habilidad de convertir su cuerpo en una masa de humo a voluntad? No, ningún padre podía estar orgulloso de alguien con poderes tan mediocres. Y ciertamente, ninguna mujer podía amar a un vigilante de tercera categoría que había renunciado a su puesto gubernamental para combatir el crimen por su cuenta, llevando una doble vida como periodista en un tabloide, con un sueldo que apenas alcanzaba para pagar el alquiler y comprar ese whisky barato que no hacía sufrir más que la estúpida vida de Bonnie Tyler.

Estaba jodido. Nathaniel Holstein estaba en las últimas por perseguir un sueño de juventud. Pero ahora ya estaba pisando los cuarenta, no podía darse el lujo de creer en ilusiones. La vida no era como en los comic—books. Aquí no eran una mente criminal o un alienígena malvado los que venían a ponerte en jaque, sino uno mismo ante su incapacidad de madurar, de ajustarse al sistema. Tal vez otros vigilantes como el Poderoso Atlas o el desaparecido Purple Zombie podían haberse jactado de vivir vidas cargadas de emociones, de aventuras vertiginosas. Pero para él, esto era todo; un vagabundeo errático por una habitación destrozada, un portarretratos con el vidrio rajado y una fotografía de un pasado más simple y feliz, unas ganas de llorar que se contenía cobardemente por orgullo.

Finalmente el eclipse pasó; tal vez él había golpeado el reproductor de música al pasar, tal vez era el último gesto de piedad de un mesías aún no nacido; era difícil saberlo. En suma, fueron unos veinte o treinta pasos desde el balcón hasta la cama llena de ausencias en la que se desplomó como un peso muerto que se arrastraba en un violento mar de nostalgias.

La última burla del destino: desde la tumba mullida en la que estaba, su cabeza había quedado en dirección a su ropero semiabierto en donde su ridículo traje, la piel de su alter ego, parecía escrutarlo con la perversidad

de los objetos inanimados.

Nathaniel Holstein comenzó a cerrar los ojos, en su mente se había grabado una certeza: era tiempo de dejarlo todo atrás, la era de las maravillas había llegado a su fin, al menos para él. Y el traje girando y girando hasta ser alcanzado por la negrura.

El sonido. El sonido lejano. El sonido lejano, pero aproximándose. Aproximándose como un martillo neumático. Palabras diabólicas. Palabras diabólicas e indescriptibles. Y tú sabes que volverá. Y las palabras ya no son tan crípticas. Y el sonido va tomando forma, va adquiriendo sentido. Y la mano se extiende para tomar algo. Y es ese algo lo que vibra y canta. Nightcrawler. Tú sabes que volverá. Nightcrawler. Claro. Judas Priest. El cerebro lentamente se acomoda a la realidad. A esa realidad aplastada por la resaca. Nathaniel Holstein abre los ojos inyectados en sangre. Siente que un demonio devorador de almas le ha arrancado todo y que un ser apenas benevolente lo ha vuelto a rellenar con partes que no son suyas. Y en su mano sostiene el teléfono celular que suena y le avisa que él volverá, y sabe que no es a Nathaniel Holstein a quien buscan, sino al otro, a ese otro que usa "Nightcrawler" como tono de llamadas. Pero no sabe si el otro está dispuesto a atender, si ha salido, si alguna vez estuvo... Pero su mano parece moverse en contra de su voluntad, y entonces un dedo oprime el botón... Vaya, el otro parece estar, después de todo.

—Mr Q al habla, Sonny—. Sabe que del otro lado sólo puede haber malas noticias. Sonny Pearlman es eso... malas noticias; el único recuerdo que le queda de su paso por el FBI—. ¿Cuál es la emergencia?

—No estamos seguros, Q— informa Pearlman con una voz mecánica, la voz de alguien que se ha perdido en el desierto, pero que se miente con la esperanza de encontrar milagrosamente un oasis—. Se trata de Leonard Bright, ¿lo recuerdas?

—¿Leonard Bright?— Y de pronto le viene el interés; algo que parece elevarse por sobre las ilusiones de la resaca, sobre el dolor del abandono; algo que sólo podía interesarle a su reflejo—. ¿Doctor Thinker? Un enemigo del Poderoso Atlas, un übermensch sumamente peligroso con habilidades psíquicas muy altas. Atlas lo puso tras las rejas de Black Tomb, la cárcel de alta seguridad más importante del país, hará cosa de una década. ¿Qué hay con él?

—Sí, ese mismo. Y por cierto, soy el agente Pearlman, Nate, no lo olvides.

—Por favor, Pearlman— suspira—. Te conozco desde que éramos aspirantes en el Bureau. Ve directo al grano.

—Sí, bueno. El punto es que Bright ha tomado a toda Black Tomb como rehén y nos amenaza con freírle la mente a cada guardia, preso y transeúnte que ande por ahí cerca, a menos de que tú vayas a verlo.

—¿Que vaya a verlo?—. Interesante. El mundo parece seguir girando sin ella. Sí, sin duda es así, un mundo horripilante que consigue ponerlo de pie—. Yo... Yo nunca tuve asuntos con ese tipo, Pearlman. ¿Han tratado de contactar a otros? No es mi mejor momento, verás... ¿Dónde está el Poderoso Atlas?

—En África combatiendo la hambruna con otras celebridades— informa el agente—. Y sí, hemos contactado a cada übermensch disponible. Pero ya te digo, Bright ha amenazado con matar a todos si no eras tú quien iba a verlo. Hasta donde sabemos, podría llegar a tomar la ciudad entera si él lo quisiera.

—Entonces me necesitan—. Y las palabras suenan como una caricia a su ego, como una cachetada dirigida a su difunto padre.

—Desesperadamente, Q.

—Muy bien, Sonny—. Se pone de pie, se frota el rostro, mira su otra piel llamándolo con su canto de sirena desde el ropero. No hay tiempo para hacer el duelo, para autocompadecerse; el mundo no necesita a Nathaniel Holstein—. Me tienes adentro.

—Es agente Pearlman— suspira la voz, ofuscada—. Como sea, pasaré a recogerte en media hora, fuera de tu apartamento. Muchas gracias, Q.

—Sí, como digas.

El piso todavía se mueve, el corazón todavía le duele, pero al tocar la tela del traje, Nathaniel Holstein sabe que está a punto de entrar en las ligas mayores.

II

Cuando subió al automóvil del agente Pearlman, ya llevaba puesto su traje: una especie de malla enteriza azul, sobre ella unos calzoncillos rojos como sus botas, guantes largos y máscara; ésta última prenda dejaba al descubierto por tres aberturas sus profundos y tristes ojos azules, su nariz fina y armónica, sus labios cuarteados y su barbilla cuadrada; una sombra de barba le oscurecía apenas el rostro. Sobre la frente se podía ver una inmensa "Q" dorada, sobre el pecho un signo de pregunta de igual color encerrado en un círculo carmesí; el punto de dicho símbolo obraba como

hebilla de un cinturón de cuero del cual pendía una funda con su respectiva pistola dentro. En la empuñadura del arma también estaba grabada la misma Q dorada.

—¿Cuál es el punto de tener una identidad secreta si sales de tu apartamento vestido de esa forma?— preguntó Pearlman mientras ponía el coche en marcha y bajaba la ventanilla para echar las cenizas del cigarrillo que estaba fumando.

—¿Cuál es el punto de tenerla si el FBI sabe todo de todos tus movimientos?— retrucó el vigilante, parco, frotándose las sienes que aún le latían por la resaca—. ¿Tienes otro cigarrillo?

—Creí que lo habías dejado— dijo el agente, al tiempo que le extendía el paquete, golpeándolo para hacer subir un cigarrillo.

—Ese es tu problema, Sonny— suspiró Mister Q, mientras echaba mano al encendedor del automóvil para luego encender el cigarrillo y darle una pitada profunda; de su boca escapó una densa nube de humo que se apuró a despejar por la ventanilla de su lado, como si esa presencia etérea lo pusiera nervioso—. Crees demasiadas cosas.

—Hey, si tengo la decencia de llamarte "Mister Q", Nathaniel, lo mínimo que podrías hacer es llamarme "agente Pearlman"— señaló algo molesto el otro, arrojando la colilla por la ventana y doblando para acceder a la autopista—. Al menos, no sé, Pearlman. Nadie me dice "Sonny" desde que... Bueno, desde que tú y yo éramos compañeros, ¿ok?

—Y hemos recorrido un largo camino, ¿eh?— suspiró Mister Q—. Míranos, tú un agente prestigioso que hace de chofer de un loco en mallas; yo, un tipo de edad mediana vistiendo como un payaso y a punto de enfrentarme con alguien capaz de convertir mi cerebro en líquido. Nada mal, Pearlman. Nada mal. Se diría que ya estamos hechos.

—Estás particularmente gris esta mañana, Q. Te entiendo, créeme que si hubiese otra forma, no te estaríamos metiendo en esto—. Pearlman le tocó bocina a un automóvil que se les cruzó sin hacer ningún tipo de señal—. ¡Hijo de puta, infeliz! En fin, te decía, pareciera como si algo te estuviese molestando. Y si es por el transporte, bueno, sé que sería más rápido si fueras volando, pero me pidieron que te escoltara lo más cerca de la prisión posible. No todos confían en ti, esa es la verdad, no voy a andarte mintiendo, es decir, sería entendible si decidieras huir a último momento. Cualquier persona inteligente y que aprecie su vida lo haría.

—No puedo volar, colega, mis poderes no funcionan de esa manera—. Y como si se debatiera entre contar y no lo que seguía, volvió a suspirar. Y sí, lo mejor sería sacarse toda esa mierda de adentro. Después de todo, Sonny Pearlman era lo más parecido a un amigo que tenía—. Samantha

me dejó anoche, dijo que no podía seguir con alguien como yo.

—Oh— dijo Pearlman, mirándolo con algo parecido a la ternura por un breve instante y luego volvió a clavar los ojos en la indiferencia de la mañana—. Bueno, son cosas que pasan— un meneo negativo de cabeza—, cuando yo me separé de Kate fue más o menos por el mismo motivo. Así es la vida de quien se dedica a hacer del mundo un lugar mejor; una vida solitaria.

—Sí, supongo— Mister Q se encogió de hombros, al tiempo que arrojaba los restos del cigarrillo hacia la calle—. El mundo sigue girando, ¿eh?

—Exactamente eso, Q— asintió Pearlman—. Hey, ¿recuerdas cuando tus poderes se manifestaron por primera vez?

Nathaniel Holstein miró al hombre a su lado con unos ojos pesados que parecían querer señalarle la más estúpida de las obviedades. Por supuesto que lo recordaba; apenas tenía veinticuatro años, él y el propio Sonny Pearlman ahí sentado habían estado siguiendo la pista de una cocina de metanfetaminas. Un caso típico de novatos, quizá por eso los enviaron sin supervisión alguna. Su primer caso real... Una estupidez destinada al fracaso. Y finalmente encontraron el lugar; estaban los dos allí, excitados, rebosantes de testosterona. Jóvenes e ingenuos. Uno de los dos debía asegurar el perímetro en caso de que llegaran visitas inesperadas mientras el otro entraba. Era imposible que ambos fueran los héroes, era el momento de gloria de uno y sólo uno. Una moneda arrojada al aire. Cara. Holstein. Cruz. Pearlman. Uno entraría allí como una versión descafeinada de Clint Eastwood, el otro se quedaría de portero. El destino no tardó en declarar su veredicto. Nathaniel Holstein sonrió mientras desenfundaba su arma y se adentraba en el futuro manifiesto que le habían tejido los siniestros hados. Y lo que debía ser una operación sencilla terminó siendo de todo menos eso. Los drogadictos, lo descubrió ese día, y más los que además son traficantes y productores, siempre estaban al borde de la locura, dispuestos a dar ese salto al abismo sin pensar en mucho más. Y allí estaba ese sujeto apenas mayor que él, mirándolo con ojos perdidos, arrojando químicos por todas partes. “¡Quieto, FBI!”, había gritado, pero eso no había servido de nada. Y los químicos seguían siendo arrojados y de pronto una explosión y luego... Luego una inmensa ausencia, un fotograma perdido. Supo después por Pearlman que lo había encontrado inconsciente dentro del edificio en llamas, que mientras lo estaba sacando de allí, su cuerpo se había deshecho en una nube de humo, provocándole un terror espantoso que lo había llevado a llamar a sus superiores. Supo también que para cuando los demás habían llegado, su cuerpo ya había recuperado su forma. Y luego vinieron las pruebas, los diagnósticos, los resultados... El tedio. Esto desembocó en su renuncia al Bureau, en la negociación de su libertad a cambio de ayudarlos esporádicamente cuando lo necesitaran sin recibir un dólar por ello (todo esto mientras renunciaba a su derecho de

demandarlos por “accidente laboral”); y esto era lo justo, claro, pues su libertad ya era suficiente premio. Y claro, los poderes y qué hacer con ellos. Las infinitas posibilidades y el Poderoso Atlas como una inspiración grandiosa. Y el trabajo en el tabloide para vivir. Y el traje de colores chillones y... Y Samantha ya no. Samantha nunca más. Y ahí estaba Sonny Pearlman, más gordo, más calvo, pero igual de ingenuo, preguntándole si recordaba cómo habían llegado a esto, llevándolo a pagar su cuota de libertad, a colaborar con ellos esporádicamente.

—Aunque no lo creas, colega— frunció los labios—, son cosas que uno no olvida fácilmente.

—A veces me pregunto qué hubiese pasado si entraba allí en vez de que tú lo hicieras— dijo Pearlman, frotándose la barbilla, dubitativo—. Probablemente hubiese muerto... ¿Escuchaste esa teoría de la Predisposición Acelerada, esa del tal Seth Corrigan? Ese científico que suele hablar en los documentales de la Discovery Channel, el que parece obsesionado con los übermenschen. Bueno, el tipo dice que en realidad los factores que creemos que “dotan” de sus habilidades a los übermenschen en realidad no tienen mayor responsabilidad que la de acelerar algo inevitable. La clave está en algún gen dormido que se despierta ante una situación traumática o de mucho estrés. Es decir, según esa teoría, tú siempre tuviste los poderes; la explosión sólo aceleró el proceso natural, ¿entiendes?

—Da igual si era el monstruo de Frankenstein o si me convertí en Mister Hyde, Pearlman. Lo importante es que estoy yendo a hacer el trabajo sucio por ustedes.

—¡Hey!— exclamó el agente, un tanto ruborizado por la acusación—. Mira, Nate, si mal no recuerdo, se te ofreció un puesto en...

“Este es el límite, agente Pearlman”. De pronto una voz en su cabeza; fría, reptante, violando la privacidad de su mente, provocándole una migraña espantosa. El agente Pearlman tuvo que detener el coche, pues se le habían entumecido las manos. “No comprometa la vida de nadie”.

—Nate... quiso balbucear.

—Sí— asintió Mister Q, indicándole con una mano que no hacía falta agregar nada más—. También lo he oído... Llamándome.

El vigilante bajó del coche. Un sol radiante parecía burlarse de toda tragedia; a lo mejor era sólo una ignorante forma de inocencia. Después de todo, en un vasto universo lleno de vida, una cárcel cautiva o un corazón roto no eran más que motas de polvo flotante.

“Acérquese, señor Holstein, para que podamos hablar mejor”.

—Q— lo llamó Sonny Pearlman, y al mirarlo vio que en sus ojos había una preocupación genuina, producto de una gran amistad, del temor a perder a un ser querido—, tómalo con calma, ¿quieres?

—Me dicen el señor calmado, Sonny—. Mister Q trató de sonreír, un tanto para calmar al agente Pearlman, otro poco como para darse coraje.

A unos pocos metros, la gigantesca prisión de Black Tomb parecía llamarlo. El dragón aguardando al caballero.

III

Las puertas de la prisión se abren con un chirrido oxidado que me hiela la sangre; es como en esas malas películas de terror, el monstruo aguarda del otro lado, lo sé, soy la rubia tonta que ya ha mostrado los pechos, no tengo escapatoria; escapar no es funcional al guión. Las puertas se han abierto solas... No, Leonard Bright lo ha hecho con su mente, puedo escucharlo susurrándome directamente en el cerebro, llamándome. Está en la oficina del director, para llegar hasta él sólo debo atravesar un largo pasillo y luego el patio principal. Pan comido.

Doy un par de pasos, pensando en que todo será fácil, en que pronto estaré de nuevo en casa, embriagándome hasta el desmayo en un intento desesperado y patético de pasarle mi culpa a Samantha. Fácil. Debería serlo, ¿no? Después de todo, el Doctor Thinker me ha pedido que viniera, no me complicaría las cosas. Un par de pasos más y esa hipótesis se cae ante los hechos irrefutables. Los hechos son una docena de agentes y lo irrefutable son sus pistolas apuntándome. Veo el dolor en sus rostros, cómo son forzados a hacer algo que no quieren, que no deben, algo en lo que no creen. Son buenas personas... con armas... a punto de abrir fuego. Escucho cada “click” de los gatillos; mi cuerpo se vuelve de humo, ahora soy un fantasma, algo intangible. Rezo porque se queden sin balas pronto... Y el milagro ocurre. Sé que esto no ha terminado aún, pero al menos puedo volver a mi forma humana cuanto antes. Y lo hago...

Sé lo que están pensando, que sería más fácil mantenerme en forma etérea para sortear todos los obstáculos. Pero, no, no es así. Yo lo sé, como sé que “ustedes” no existen, que sólo me imagino narrándoles, algo que hago como mecanismo de defensa, algo que evita que mi mente se disperse. Porque eso tiende a pasar cuando soy de humo, me cuesta mantener la integridad de mi persona; siento que desaparezco, que me desintegro, que me precipito hacia la muerte de manera vertiginosa. Me

despersonalizo, me vuelvo una "no-persona".

Entonces vuelvo a la normalidad. A mi normalidad de tipo en plena crisis de la edad madura. Y ellos se disponen a atacarme, pero no son ellos... Si hasta se me hace que puedo ver los hilos que mueven a las marionetas. Tienen tonfas, y cierto entrenamiento. Pero... ¿Adivinen qué? No soy sólo un sujeto ridículo con poderes de madero ardiendo, soy un ex agente del FBI con conocimientos en artes marciales.

Me muevo entre ellos como me enseñaron, grácil, perceptivo, atento a cualquier movimiento. Así aprendimos a luchar contra las pandillas del Bronx; intento imaginarme a mis atacantes como miembros de una familia de mafiosos o algo así. Eso vuelve las cosas más fáciles, disminuye la culpa... Pobres tipos, están recibiendo la paliza de sus vidas... Y los vuelven a levantar. Es agotador, pero pronto se acaba. Llego al final del pasillo dejando un tendal de gente inconsciente. Los he liberado del control mental. Y me pregunto cuánto le tomaría a Bright volverme su juguete. Sí, está jugando conmigo, esa es la única razón por la cual aún puedo seguir imaginándome que hablo con alguien.

Las puertas que llevan al patio se abren. Genial, es como un videojuego. Acabo de pasar al siguiente nivel. Por lógica, debería aumentar la dificultad. Espero que Bright no apele a la lógica, pero no puedo darme el lujo de semejante optimismo. Si está leyendo mis pensamientos, y lo está haciendo, las cosas no tardarán en ponerse peor. Y como si tuviera la urgencia de complacerme, una puerta gime y un monstruo sale a mi encuentro.

Lo veo. Veo su enorme cuerpo. Debe medir más de tres metros. Cada uno de sus brazos debe ser igual de ancho que mi cuerpo. Su rostro es fiero, alelado, babeante. Está siendo controlado, claro... Lo conozco, he leído sobre él. Su nombre es Sansón, o al menos eso es lo que dicen; un übermensch con fuerza sobrehumana y gigantismo proporcionado. Veo el parche sobre su ojo izquierdo, lleva estampado un yin-yang. Veo su estúpidamente enorme mameluco de preso. Recuerdo que para capturarlo se necesitó del grupo de übermenschen conocido como Freedom Squad. Todos vigilantes más poderosos y profesionales que yo. Debería tener miedo, y lo tengo, pero tal vez para evadirme, no puedo dejar de pensar en cuánta tela habrán necesitado para hacerle el uniforme.

Sansón el gigante. Hace seis meses casi diezma Brooklyn. Y ahora está allí, frente a mí, avanzando como un autómatas. Me pregunto si podré con esto, más después del esfuerzo físico que me demandó dejar atrás el pasillo. Mierda. Mil veces mierda. Si sabía que al otro día me iba a aventurar en Locolandia, quizá no me hubiese tomado una botella de whisky. ¿A quién quiero engañar? Me hubiese tomado la botella aunque me dijeran que debía enfrentarme solo a todo el Imperio Estelar Trax, sí, ya saben, los reptiloides esos que cada tanto se enfrentan al Poderoso

Atlas. Es más, si hubiese tenido seis botellas, me las hubiese bajado a todas. Tengo el corazón roto, carajo. A lo mejor esto tenía que pasar. Quizá esto sea lo... No. No puedo pensar en eso ahora, no puedo autocompadecerme. Tiré mi relación a la basura por esto... Más vale que valga la pena.

La criatura ruge. Le caen lágrimas de los ojos. Está sufriendo con ese parásito mental dándole órdenes. Sentiría pena por él si no fuera tan condenadamente rápido para su tamaño. Su primer puñetazo casi me sorprende, pero logro asumir forma de humo y el golpe abre un pozo en el concreto. Me alejo para volver a la nor...

Y de repente siento que mi cráneo se ha vuelto giratorio, que mi cuerpo rebota como una piedra saltando en el agua. Su segundo golpe me ha dado de lleno no bien mi cuerpo retomó su corporeidad. ¿Cómo? ¡No tiene sentido! Es imposible que algo tan inmenso pueda moverse tan rápido.

Oh, Dios. El miedo trepa por mi espina dorsal y hormiguea más que mi rostro. Maldito Sonny, hijo de un camión cargado de putas. Si llego a salir de esta con vida, me aseguraré de que tú y esos cagones del Bureau me compren un almacén entero de whisky... Escocés... Del más caro, sí señor. Y bueno, espero salir de esta... No quiero morir a manos de un gigante que posee la cabellera más larga y sedosa que he visto en mi vida. Samantha lo envidiaría, siempre se quejó de que su cabello no crecía con suficiente fuerza. Pero, espera, Nathaniel, no te vayas por las ramas. Ahí viene ese sujeto otra vez. Concéntrate. Vuelve al humo. Vuélvete humo. ¡Cuidado!

¡Eso! Su puño pasa a través de mí, del fantasma de mí. Ahora de nue... ¡Dios! Esa mole de nudillos me destroza el estómago, me lanza una vez más por los aires, me obliga a vomitar en pleno vuelo. Veo al escaso contenido de mi barriga como si flotara, moviéndose en cámara lenta. Oh, Dios. La cabeza me da vueltas. Voy a morir. Definitivamente voy a morir. ¿Cómo puede anticiparse tanto a mis movimientos? ¿Acaso sus poderes lo vuelven hiperdeductivo? No.. No... ¡¿Cómo pude ser tan tonto?! ¡Por supuesto! No es contra Sansón con quien me estoy enfrentando. Él es sólo el medio, el vector. Es ese hijo de puta de Bright, es él quien lee todos mis pensamientos y se adelanta a mis acciones. Debo... No, eso sería muy peligroso... Pero... Pero... Pero debo hacer algo si no quiero terminar siendo una mancha de pulpa en el suelo del patio. Y me aterra la decisión que me está empujando a tomar, lo que voy a poner en riesgo... Pero... Pero... Pero esta es la vida que elegí... Por esto sacrifiqué mi intimidad, mi última oportunidad de ser normal. Voy a sobrevivir. ¡¿Me escuchas, Bright?! ¡Sé que puedes hacerlo, maldito anciano! ¡Voy a llegar hasta ti! ¡Voy a...! Carajo. ¡Ahí viene!

IV

Mientras esté en forma de humo no podrá tocarme, eso está claro. El problema es que Bright parece querer que lo derrote, y para ello debo volverme tangible, y no bien lo hago, ese asqueroso titiritero sabe dónde voy a estar. No puedo apagar mis pensamientos, incluso en esta forma los puños de Sansón me atraviesan, soy yo quien le revela mi posición... Bueno, y las huellas que va dejando el humo, claro, pero el humo soy yo, lo cual vuelve esta última frase algo redundante, ¿no creen? Y después de todo, ¿qué saben ustedes de narración? Ni siquiera existen.

Maldición, debo hacerlo. Debo hacer eso que temo si quiero salir adelante, pero... ¿Y si fallo? ¿Y si en mi intento por no morir termino matándome?

Y esos golpes destrozándolo todo. No me extraña que les haya tomado tanto trabajo a los de Freedom Squad lidiar con él.

Pero soy un campeón de la justicia, ¿verdad? Eso es lo que me he venido diciendo desde que me puse por primera vez este estúpido traje. Y un campeón de la justicia nunca pone su vida por sobre las de los demás. Y aquí hay mucha gente a la que debo rescatar, gente con una familia que aguarda su regreso. Y no importa que yo sea un huérfano, un vestigio de una historia acabada. Así como Sansón es el vector de Bright, yo debo volverme el avatar de la justicia, ser el garante de la libertad de estas personas.

Y me gustaría decir que no dudo en este momento, pero lo hago, y aun así decido dejarme ir. Empiezo a separar mi forma incorpórea, a forzar mis límites, a dividir mi persona en... fragmentos. Y mis pensamientos fluctúan sin control, sin gobierno de la lógica. Estoy en muchas partes y en ninguna. Memorias. Lecturas. Microcosmos independientes formando un macrocaos cohesivo, de una cohesión arbitraria y forzada.

Desde el desierto de Quedemot envié mensajeros a Sijón, rey de Jesbón, con la siguiente propuesta de paz: El dolor. El señor Frankenstein es modesto, cualidad excelente en un joven. Ella ya no te ama, o a lo mejor sí, pero ya no podía tolerar esta vida... Piensa. Estaban parados bajo un árbol y cada uno rodeado con un brazo el cuello del otro.

“¿Dónde... dónde estás?”

Está funcionando, pero me duele demasiado. Yo... Luego me postré delante del Señor, y permanecí cuarenta días y cuarenta noches sin comer ni beber, como lo había hecho la vez anterior. No sabe dónde golpear, he

logrado despistarlo. Palpitábame el corazón, aterrorizado en mi eterna marcha, en la que no me atrevía a mirar a mi alrededor. Estoy en todos lados, y en ninguno. En un instante, ambas Reinas se quedaron completamente dormidas y roncaban con fuerza. Mi padre siempre se burlaba de mí, decía que era un cobarde, que ante el menor problema yo... Yo soy el Dios Todopoderoso. Empezó el juicio y después de haber hecho su acusación el fiscal, fueron llamados números testigos. Y también Samantha, y quizá el mismo Bright, pero, ¿qué importa? El cuerpo, el cuerpo que en este momento no poseo y una mente fragmentada que... Mientras esto sucedía, el León se les había unido.

“¡Maldición! ¡¿Dónde...?!”

Después de estos acontecimientos, el copero y el panadero del rey de Egipto ofendieron a su señor. Tengo miedo, pero yo sabía que esto pasaría, sólo debo relajarme, esperar. Me levanté poco después e instintivamente me arrastré hasta la habitación donde descansaba el cadáver de mi amada, alrededor del cual había varias mujeres llorando. Y no soy idiota, ni siquiera en este momento de altruismo; nadie llorará por mí ni por mi corazón roto; hay vidas en riesgo y Bright debe ser detenido, sea cual fuere su objetivo. ¡Y, cuando estaba en mufosos pensamientos, el Jabberwock, con ojos llameantes, vino volando a través del bosque tágido y burbujeó al llegar!

“Golpea. Golpea. ¡Golpea! Sabes que te estás haciendo daño. ¡Para! De nada sirve si te mueres en el proceso. Yo...”

También harás del atrio tu morada. Y esta sensación de no ser nada, de serlo todo, oh, Dios, es tan hermosa; jamás había experimentado algo así, nunca pensé que tras el dolor se podía vivir para experimentar algo como esto. Y, de tener oportunidad, ¿para qué habría de robar la joya si iba a abandonarla tan pronto? Es como un cadáver exquisito, fragmentos que se encuentran sin lógica alguna, o con la lógica arbitraria del azar; Samantha, mi padre, extranjeros en un mundo al que sólo podían visitar de a ratos, mi mundo. Por supuesto, lo primero que tenía que hacer era reconocer la región por la que iba a viajar.

“¡Vuelve! ¡Vuelve! ¡No se supone que así terminen las cosas! ¡Maldito cabrón! ¡¿Dónde demonios estás?! ”

Ella guardó el manto de José hasta que regresó su marido. Y tal vez decida no volver, ser todo y no ser nada, dejar que todos mueran; después de todo, no es mi problema sino del FBI. Después de andar largo rato de este modo, llegué por fin frente a la taberna que era generalmente paradero de diligencias y otros carruajes. Pero, no, no, no es hora de dejarse ir, no hay que sucumbir a la tentación, le diste tu palabra a Sonny, tienes una responsabilidad con esta gente. Y si le restas uno a

trescientos sesenta y cinco, ¿qué queda?

“¡Lo vas a arruinar todo!”

¡El Señor reina eternamente! Debo volver, pero volver implica un dolor, y aunque esto también es dolor, creo haber pasado cierto umbral. Y al decirlo se retiró unos pasos para escribir una lista de varios libros de física que quería que comprara. Y no, no puedo pensar en mí ahora, debo volver, volver, volver, debo ser yo una vez más. Y sólo uno para regalos de cumpleaños.

“¿Qué...? Te...”

Yo haré surgir de tu misma casa la desgracia contra ti. Volver a un mundo sin Samantha, a un mundo de whisky barato. Maldito sea mi creador. A un mundo en el que soy el chivo expiatorio del FBI, el juguete de un villano caído en el olvido. ¡Soy real!

“¡Te tengo!”

Y entonces me vuelvo tangible una vez más. Bright me nota y envía a Sansón sobre mí. Pero la confusión me ha dado una ventaja ínfima, pero ventaja al fin. Mi mano busca la pistola que reposa sobre mi cadera y la encuentra dispuesta a hacer su parte. Desenfundo. Bright quiere evitar lo que viene, pero soy más rápido que un pensamiento. Un dardo tranquilizante con la capacidad de dormir a un caballo sale volando para cruzar el aire como una estela dorada para incapacitar de lleno en la frente del gigante. La criatura se atribula y ruge, me digo que he sido suave, que no he acertado en la medida. Un nuevo disparo. Sansón se desploma a dos centímetros de mí; su rostro ahora parece aniñado, feliz, aliviado de verse libre de las manipulaciones del Doctor Thinker.

“¡Excelente, realmente excelente! Ahora dejémonos de juegos. Puedes venir a verme. Has pasado todas las pruebas.”

La última puerta se abre. Camino hacia mi destino, sea cual fuere, con la sensación de haber volado demasiado cerca del sol. ¿Qué ha sido eso que he experimentado? ¿A eso se refería Samantha con “alguien como yo”? ¿Qué soy? ¿Un hombre que se vuelve humo? ¿Humo que se empecina en creerse hombre? No hay tiempo para la filosofía o la metafísica. Debo terminar con esto cuanto antes.

V

—Bienvenido, señor Holstein— dijo el hombre sentado tras el escritorio en la oficina del director, custodiado a ambos lados por guardias de pie y con

armas en las manos—. Le tomó mucho trabajo llegar hasta mí, pero lo logró. Eso habla bien de usted.

A Mister Q no le pareció raro que el otro supiera su verdadero nombre, no en ese momento al menos. Lo que más le había llamado la atención era el aspecto físico de Leonard Bright. Es decir, había avanzado por toda esa locura con la sola idea de encontrarse con un villano, pero lo que tenía en frente era poco menos que eso. Bright estaba ahí, mirándolo con unos ojos hundidos y cansados, con la piel surcada de arrugas y la cabeza apenas poblada por unos cabellos amarillentos. Su cuerpo encorvado presentaba una delgadez extrema y al moverse, parecían temblarle todos los huesos en un audible cloqueo. Sólo después de ajustar esa imagen para que coincidiera con la del nefasto Doctor Thinker que había conocido por los medios, Nathaniel Holstein se fijó en su intimidad violada; ya antes lo había llamado por su nombre real, quizá el shock adrenalínico de la aventura se había pasado por alto ese detalle; ahora, ante el anticlímax de esa sombra moribunda, los detalles nimios dejaban lugar a los misterios importantes.

—Puedo leer mentes, señor Holstein— suspiró el anciano—. Sé lo que usted sabe, lo que me revela al querer ocultármelo. Su nombre es Nathaniel Holstein, ex agente del FBI, redactor del Star Enquirer; un hombre con el corazón roto... Obra de Samantha Jones, la del lunar en el glúteo izquierdo que parece una frambuesa. Sé cómo obtuvo sus poderes, sé que la "Q" no es por "Question" como todos piensan, sino por "Queen" el apellido de soltera de su madre. Sé que en estos momentos está confundido con respecto a mi aspecto, y sobre eso, le diré, no tiene por qué estarlo. Así se ve uno cuando tiene cáncer terminal de hígado. Este es el traje final que la vida le da al enfermo. ¿Acaso me preferiría usted con ese ridículo leotardo amarillo con un cerebro y una bombilla estampados en el pecho? La "Era de las Maravillas" no es más que una ilusión, señor Holstein, algo que sirve para que el mediocre diario donde usted malgasta su talento venda más ejemplares entre una chusma de descerebrados.

—¿Qué...?— Mister Q intentó hablar; se sentía abrumado por la situación, sumamente confundido.

—¿Qué quiero?— sonrió el hombre con cierta tristeza—. Lo que quiero usted no puede dármelo. Mi muerte es un hecho inevitable y no necesito ser psíquico para darme cuenta de que pronto enfrentaré la inclemencia simbólica del olvido.

—Hizo... ¿hizo todo esto para ser recordado?— preguntó Nathaniel Holstein, casi avergonzado por no poder figurarse una respuesta clave—. ¿Por eso armó todo este circo?

—¿Circo?—. Una carcajada seguida de un violento acceso de tos—. Disculpe, creo que el cáncer ha comprometido otros órganos. La

quimioterapia no ha dado resultados, ¿sabe? Deberían darme arresto domiciliario, pero... No nos vayamos por las ramas. He estado montando un espectáculo por años y nadie parece haberse percatado de la farsa, pero ahora... Míreme, señor Holstein, mire lo que he hecho. ¿Usted cree que no pude haberlo hecho antes, que con este poder hubiese sido posible que me encarcelaran aquí en primer lugar? Paredes y rejas no pueden contener al pensamiento, señor Holstein.

—Yo...

—Guarde silencio y escuche— el anciano lo miró pesadamente—. No se asuste, no voy a manipularlo, ya no, sólo le pido un poco de colaboración en esto. Usted quiere entender, yo quiero explicar. A ver, ¿recuerda a Marcus Stronghold?

Mister Q intentó recordar, ese nombre le sonaba de algún lado, pero no podía saber bien de dónde. Y entonces las imágenes vinieron a su mente de una forma tan nítida, que se preguntó si no era Leonard Bright quien le estaba implantando un recuerdo. Allí estaba el propio Bright, más joven y amenazante, con su traje amarillo, su cuerpo atlético, su antifaz y su capas rojos y el cerebro y la bombilla estampados sobre su pecho; a su lado otra figura imponente, un hombre muy apuesto, de rizados cabellos dorados, traje azul, con botas y capa blancas, antifaz negro y sobre su pecho el emblema de un reloj de arena. El nombre de este último pareció escribirse con sangre en la cabeza de Nathaniel Holstein.

—El Doctor Furthermore— balbuceó—. Su antiguo socio del crimen.

—Mi pareja, señor Holstein, mi hermoso amante—. Otra vez esa sonrisa cansada; ante la mirada de sorpresa del otro, Leonard Bright hizo un ademán de manos—. No sea de mente cerrada, señor Holstein. Lo entiendo en la gente de mi generación, pero no en usted. ¿Sabe? Quizá por eso Marcus siempre pensó que era mejor ocultar lo nuestro. No porque se avergonzara de mí, sino por todo el daño que podía hacernos el prejuicio. ¡Ah, mi dulce Marcus! Fue la única persona a la que amé, y a su modo, también me rompió el corazón. Eso quiere decir que entiendo su dolor, señor Holstein, que siento cierta empatía con usted.

—Bueno... sí, supongo— se ruborizó Mister Q debajo de la máscara—. Pero, sigo sin entender. Es decir, no creo que usted y yo estemos aquí para hablar sobre el abandono. Furthermore tenía el poder de la clarividencia, y según tengo entendido, al final encontró el modo de enviar su mente definitivamente hacia el futuro, dejando su cuerpo atrás para evitar ser juzgado por sus crímenes. No entiendo qué...

—¡Tonterías!—. El anciano golpeó el escritorio y los dos guardias apuntaron sus armas hacia Mister Q, haciéndolo retroceder sudando frío—. ¿Realmente puede alguien creer en semejante estupidez? ¡La mente

separada del cuerpo es algo que sólo puede existir en las fantasías más pueriles de algún escritor mediocre! Eso fue lo que dijeron los medios, eso era lo que al Star Enquirer le haría vender más ejemplares. Pero, no, mi Marcus, si acaso huyó de algo, lo hizo de la vida en sí misma, de un terror demasiado grande. Se suicidó tomando cicuta— en ese punto, los ojos del anciano se llenaron de lágrimas, luego resopló y esbozó una nueva sonrisa—. Como Sócrates, bastante poético. Sabiendo que no sabía nada. Pero sabía, y por eso hizo lo que hizo.

—¿Qué... qué es lo que su... lo que Stronghold sabía?— preguntó Mister Q, ahora pálido, sintiendo que se había metido en algo demasiado grande, en algo en lo que mejor le hubiese convenido no involucrarse.

—¿Le mencioné que usted era especial? Verá, es usted una de las tres personas a las que no he podido leerle la mente con tanta facilidad. Ese truco suyo de la dispersión... fue realmente buen, ¿sabe?— continuó Bright como ensimismado—. Marcus era otro, sus pensamientos parecían estar siempre más allá, en el futuro, lejos de mi alcance. Quizá eso fue lo que me enamoró de él, esa sensación de no poseerlo del todo. ¿Y no es acaso eso el amor, un eterno tener a medias? Por último está el Poderoso Atlas— meneó negativamente la cabeza—. Debería entrar a la mente de ese sujeto; un completo caos. Es como si dos personas en conflicto habitaran allí. A lo mejor ese conflicto sea de índole sexual, es decir, basta con mirarle el traje para...— un suspiro—. En fin, delirios de un anciano loco, sepa disculpar. Lo que le decía, señor Holstein, es que Marcus me confesó algo unas horas antes de tomar esa fatídica decisión, algo que tiene que ver con usted.

—¿Conmigo?— tragó saliva, nervioso.

—Con todos ustedes— asintió el anciano—. La Era de las Maravillas está llegando a su fin, señor Holstein, eso es lo que Marcus me dijo. Me dijo que uno de ustedes, de nosotros, llevaría las cosas demasiado lejos, que nos mataría a todos. Después de oír eso... Bueno, yo no le hice demasiado caso, a decir verdad Marcus venía medio raro los últimos días, pero... Yo no sabía, es decir, ¿cómo podía saberlo? Luego vino eso... Y salí a las calles con mi dolor secreto, y me dejé atrapar—. El anciano agachó la cabeza, sollozando—. Por más de diez años callé y monté esta farsa. Pero, ¿sabe?, cuando uno tiene cáncer terminal empieza a entender la vida de otra forma. Al principio me conformaba con esperar que la profecía de Marcus se cumpliera, aquí, desde mi celda; un mundo sin mi razón de vivir nada más podía importarme, sabrá entender. Pero ahora... Con la muerte bailando sobre mis entrañas... Yo... No quiero decir que me arrepiento, pero... Sólo espero que Marcus haya estado equivocado. El punto es que jamás se equivocaba. Y por eso pensé en usted, por eso estamos aquí, teniendo esta charla.

—Yo... sigo sin entender, no...

—Alguien deberá pararlo cuando llegue el momento y ese alguien debe ser usted, señor Holstein— expuso el anciano con una voz seca y desesperada—. Nadie espera nada de Mister Q, y por eso... Por eso debe ser usted. No debe dejarlo que se salga con la suya.

—¿A quién?!—. Tanta confusión—. ¿¿Qué cosa?!

—No es algo que yo sepa, el futuro era un campo que mi amado recorría en soledad. Pero es algo que intuyo— cloqueó el anciano—. Usted es más poderoso de lo que acusa, de lo que se siente. No me olvide, querrán hacerlo olvidar. No les permita eso.

—Por favor, Bright, quiero entender, yo de verdad...

—Adiós, señor Holstein—. El anciano sonrió por última vez.

Fue todo tan sorprendente. Los guardias apuntaron hacia el Doctor Thinker y una lluvia de balas hizo saltar su cerebro por todas partes. Mister Q no pudo más que observar boquiabierto. Ya no había nada por hacer. Excepto esperar.

VI

—Ya se los dije— suspiró Mister Q en la sala de interrogaciones a la que había sido llevado por los agentes del FBI. Sonny Pearlman estaba a su lado, duro, mudo, preocupado tal vez por el futuro de amigo—. Es todo lo que dijo.

Por su mente desfilaban las imágenes de ese día, desde la resaca inaugural hasta la vertiginosa vuelta a la normalidad de la prisión. Guardias llorando de emoción, corriendo a llamar a sus casas, a encerrar con dificultad a un Sansón bastante dócil pero no menos pesado, el ingreso abrupto de los agentes del FBI, Sonny Pearlman vomitando ante la escena de Bright... lo que quedaba de Bright. Y ahora esto, la sala en la que solían interrogar sospechosos. ¿Acaso era él sospechoso de algo?

—Si Nate... si Mister Q dice que eso es todo, eso es todo— agregó por fin Sonny Pearlman—. Yo respondo por él; no es ningún mentiroso.

La puerta de la sala rechinó como el alarido de un agonizante. Alguien entró en la sala.

—Nadie duda del señor Holstein, agente Pearlman— dijo el recién llegado con una voz que parecía más antigua que el tiempo. Se trataba de un

hombre obeso, de unos ochenta años aproximadamente—. Sólo es un procedimiento de rutina.

Todos los presentes se volvieron boquiabiertos.

—¡Director Kent!— exclamó Sonny Pearlman; realmente no podía creer que el mismísimo director del Bureau se presentara en persona, pues jamás lo hacía—. ¡Qué sorpresa!

—A veces un hombre debe aparecerse— sonrió el anciano—. Señor Holstein, primero que nada, déjeme felicitarlo. Hay que tener temple para afrontar con estoicismo una situación como la que usted tuvo que afrontar. En nombre de todo el FBI, déjeme decirle que sería un honor para nosotros reincorporarlo como agente.

—Agradezco la oferta, director Kent— suspiró Nathaniel Holstein, sopesando lo bien que le vendría el dinero en ese momento, preguntándose si valdría más que su libertad—. Pero creo que es mejor que las cosas sigan como hasta ahora. No estoy interesado en cumplir horarios de oficina.

—Es una pena, un hombre de su altura y valía no debería desperdiciarse en un periódico de mala muerte—. El director meneó negativamente la cabeza—. Siendo esa su respuesta, y asumo que es definitiva, déjeme pasar a lo segundo—. La perspicaz mirada del octogenario pareció desnudar al héroe—. Como sabrá, una acción tan arriesgada le valdría a usted la mayor condecoración, pero su condición de, ¿cómo decirlo?, “asociado anónimo” del Bureau nos limita en estas cuestiones. De más está decirle que deberá usted guardar esto en el mayor de los secretos. Pase por recepción, allí lo aguarda un cuantioso cheque. Ahora, no se vaya a ofender, le pagamos porque se lo ha ganado; por su silencio sólo espero lealtad.

“Lealtad, seguro”, pensó Nathaniel Holstein.

—Por esta vez aceptaré el dinero— respondió—. Y tiene usted mi secreto. Pero hay algo que quiero saber. Toda esa historia sobre Furthermore, lo del suicidio... ¿Bright decía la verdad sobre ese asunto?

—Creo que decía su verdad, señor Holstein— asintió el director—. Verá, Marcus Stronghold sí se suicidó. Pero no por los motivos que afirmaba el señor Bright. El sujeto estaba loco, y cuando digo “loco” no estoy usando un eufemismo—. El hombre dibujó círculos con el dedo sobre su sien—. El pobre “Doctor Furthermore” padecía de esquizofrenia. ¿Sabía usted que ni siquiera era un übermensch? Todos esos... Esas cosas sobre el futuro; puras locuras. Y Bright debió saberlo.

—No... no lo entiendo—. Mister Q se rascó la cabeza—. Doctor Thinker, Leonard Bright, él... Podía leer las mentes, es decir, ¿no debería...?

—Señor Holstein, no le dé más vueltas al asunto—. El director sonrió mientras le palmeaba el hombro—. Un hombre enamorado necesita construir mitos que le ayuden a soportar una pérdida. Los seres humanos somos así. ¿Quiere agradarle a alguien? Pues, muérase y así todos hablarán maravillas de su persona. No nos gustan las cosas simples, no las soportamos. La verdad es... tan vacía. Usted lo sabe, trabaja en un tabloide. Fue su tabloide el que inventó lo de la fuga hacia el futuro, nosotros les dejamos que fuera así, pues era más verosímil, más fácil de aceptar que el suicidio de un supercriminal. Esto terminó con la muerte de Bright; un patético intento de superar el olvido, de mitificarse como única posibilidad de inmortalidad. No hay profecía ni Apocalipsis, sólo esto... Temor al olvido. Vaya, hombre, tome el cheque, péguese una ducha y luego descanse. Hoy se lo ha ganado.

Y tal vez así fuera. O al menos en ese momento elegía creer en eso. Sí, cuando alguien se va, las manchas se borran. No podía discutir con eso, pues él mismo ahora era incapaz de pensar en algún aspecto negativo de Samantha. Sí, seguramente la vida era mucho más sencilla y Leonard Bright ya no podía lidiar con eso, con que su amante se había suicidado porque estaba loco, con que el cáncer lo estuviera devorando por dentro; por eso había decidido vivir su fantasía, una fantasía que lo había absorbido a él, a Nathaniel Holstein, por un capricho del destino. Terminó por asentir y se marchó sin saludar a nadie excepto a Sonny Pearlman con un apagado ademán de mano desde el otro lado de la puerta de la sala de interrogaciones.

Más tarde esa noche, miraba la luna indiferente en compañía de un vaso de whisky. Pensaba en la soledad de Leonard Bright y en la suya. Dos seres únicos en el universo. ¿Realmente la Era de las Maravillas había llegado a su fin?

Caminó hacia el interior del apartamento y se desplomó sobre el sillón. No le apetecía escuchar a Bonnie Tyler, pero tampoco se le haría fácil dormir. Como último consuelo, encendió el televisor.

—Reiteramos— decía una periodista de rasgos latinos—. Continúan las repercusiones por las declaraciones del Poderoso Atlas en relación al reciente suicidio de su archienemigo, el Doctor Thinker.

Y en la realidad rectangular y recortada de la televisión, Nathaniel Holstein vio aparecer la marmórea figura de su héroe, vio sus cabellos rubios, sus pantaloncillos y botas azules, su cinturón con hebilla del planeta Tierra, su encapuchada capa dorada, sus líneas negras tatuadas en brazos y piernas y la gigantesca "A" roja sobre su escultural pecho desnudo. Frente a él, un

ejército de micrófonos.

—Nunca les he mentido y no pretendo ser un hipócrita ahora— decía—. No puedo decirles que lamento esta pérdida porque no lo hago. Al contrario, la celebro. Por años he sentido al Doctor Thinker como un parásito merodeando en mi cabeza. Ahora, con su muerte, siento que por fin soy libre de pensar y hacer mejores cosas de las que he estado haciendo. Les prometo, no, les juro, que a partir de este momento, una nueva era de esplendor dará inicio.

Las imágenes concluían ahí, y la mujer latina volvía a aparecer hablando sobre las implicaciones morales de un discurso a favor de la muerte. Nathaniel Holstein apagó el televisor y se quedó un buen tiempo contemplando al aparato en su negrura silenciosa. Interesante. El final o el comienzo. Los dos polos de toda la existencia. Alguien tenía razón. Alguien estaba equivocado. Sólo el tiempo lo sabía. Quizá... Quizá algo más de whisky sirviera para algo.

Capítulo 2